PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, EL ORIENTADOR

POR

JOSÉ ANTONIO PORTUONDO

Universidad de Oriente, Santiago de Cuba

En el proceso histórico de la crítica literaria hispanoamericana dos figuras se destacan capitales: Andrés Bello (1781-1865), el fundador, y Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), el orientador. Como ha explicado este último, “el deseo de independencia intelectual [de Hispanoamérica] se hace explícito por vez primera en la *Alocución a la Poesía* de Andrés Bello”. Publicada en 1823, la *Alocución* se adelantó en catorce años a *The American Scholar* (1837), de Emerson, llamada por Oliver Wendell Holmes la Declaración de Independencia Intelectual norteamericana, como recuerda también Henríquez Ureña. Bello, surgido a la vida literaria en los instantes mismos de la emancipación política, junto a Miranda, Bolívar y San Martín, dio a nuestras letras conciencia clara de su personalidad distinta, reivindicó las peculiaridades lingüísticas hispanoamericanas, reclamando, al mismo tiempo, la debida participación de los pueblos hispánicos del Nuevo Mundo en la rica herencia cultural española. Saturado de influencias filosóficas empiristas y utilitaristas, bebidas en Londres junto a los Mill y a Jeremías Bentham, trajo a nuestras tierras una nueva visión de las letras y de los problemas colectivos y devino, bajo el gobierno conservador del chileno Portales, el pensador y legislador de la burguesía criolla dominante. Cuando sus ideas, esgrimidas por sus apasionados discípulos, chocaron con las de Sarmiento y los proscritos argentinos, en la célebre “polémica del Romanticismo” de 1842, no faltaron observadores contemporáneos que descubrieran con agudeza las raíces e implicaciones sociales de la batalla literaria.¹ La obra de fundación y ordenación, de acarreo erudito y el esfuerzo normativo, en el orden social y en el literario y lingüístico realizada por Bello, fue enorme. Él, con modos conservadores, puso las bases de la conciencia hispanoamericana que había de orientar después, por más liberales caminos, Pedro Henríquez Ureña.

¹ En la *Gaceta del Comercio*, de Valparaíso, del 9 de agosto de 1842, un anónimo comunicante afirmaba: “La cuestión del romanticismo, que se ha ventilado en estos días en los periódicos nacionales, pertenece a la literatura moderna; y con decir esto sólo ya se entiende que debe ser una cuestión social, que afecta más o menos los intereses del ciudadano, y que pone en movimiento algunas pasiones. Con efecto, en la lucha de la escuela clásica con la romántica, ¿quién no ve conmoverse las bases sociales de diferentes épocas, y pugnar abiertamente la tradición con el espíritu innovador, y la aristocracia con el espíritu democrático? Pues bien, semejante lucha no podía ser tan fría ni tan pacífica como una cuestión de química y astronomía ni la prensa tampoco que les ha servido de palestra, podía tomar la serenidad y sosiego de una academia.” Norberto Pinilla, *La polémica del Romanticismo*, Buenos Aires, Americalee (1943) 139.

Henríquez Ureña aparece en el instante de partida de otro vasto movimiento de emancipación económica y social en el que aún estamos empeñados. En 1810, al iniciar la burguesía criolla de grandes terratenientes la emancipación política de España, Bello tenía 29 años de edad; cuando las masas campesinas y proletarias de México inician, un siglo más tarde, la Revolución económica y social en nuestra América, Pedro Henríquez Ureña acaba de cumplir 26 años. Educado por dos grandes forjadores de hombres, su propia madre, Salomé Ureña de Henríquez, y Eugenio María de Hostos, será él también, desde su infancia, maestro y orientador.² Su primer libro, *Ensayos críticos* (La Habana, 1905), contiene no sólo apreciaciones sagaces sobre letras italianas, inglesas e hispanoamericanas, en torno a la música y a la sociología, sino tesis y orientaciones que hallarán después concreción y madurez en libros posteriores, como *Horas de estudio* (París, 1910) y *La enseñanza de la literatura* (México, 1913). En este último ensayo, sobre todo, se manifiesta de modo explícito la importancia de la buena orientación, destacada aun más en la charla pronunciada en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, en 1930, con el título de *Aspectos de la enseñanza literaria en la escuela común*. En ella afirma Henríquez Ureña:

Quizá en esa fórmula, buena orientación, podríamos compendiar todo el secreto de la enseñanza literaria, tanto en la escuela elemental como en la superior. Quien haya adquirido en las escuelas normales, o en los colegios nacionales, o en los liceos, o por propia cuenta, la buena orientación, estará en aptitud de acertar siempre. Buena orientación es la que nos permite distinguir calidades en las obras literarias, porque desde temprano tuvimos contacto con las cosas mejores. ¡Cuánta importancia tiene que el maestro sepa distinguir entre la genuina y la falsa literatura; entre la que representa un esfuerzo noble para interpretar la vida, acendrando los jugos mejores de la personalidad humana, y la que sólo representa una habilidad para simular sentimientos o ideas, repitiendo fórmulas degeneradas a fuerza de uso y apelando, para hacerse aplaudir, a todas las perezas que se apoyan en la costumbre! Bien se ha dicho que el primero que comparó a una mujer con una rosa fue un hombre de genio y el último que repitió la comparación fue un tonto. Toda literatura genuina tiene sabor de primicia: aun cuando ninguno de los elementos de que se compone resulte estrictamente nuevo, queda la novedad de la manera, del acento que nos revela cómo el escritor ha sentido de nuevo las emociones que expresa, aunque sean eternas y universales; cómo ha creado de nuevo sus imágenes, aunque surjan de cosas vistas por todos. Por eso, quien haya formado su gusto literario en la lectura de obras esenciales, de obras que representan creación e iniciación, discernirá fácilmente el artificio de las cosas falsas.

A idéntico afán orientador responden sus Tablas cronológicas de la literatura española, publicadas primero en México, en 1913, y reeditadas siete años más tarde en la Universidad de Minnesota; sus estudios sobre el Renacimiento español, sobre versificación y sobre el español en América. Los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (Buenos Aires, 1928), que constituyen el punto de partida de la crítica literaria hispanoamericana contemporánea, están agrupados en dos grandes secciones: “orientaciones” y “figuras”. En el primer grupo aparecen ensayos que encierran las bases para el más justo enjuiciamiento

² Véase *Max Henríquez Ureña, Hermano y maestro*, Santo Domingo, Librería dominicana, 1950.

de nuestras letras. Como en otra parte hemos hecho notar,³ toda la producción crítica de Pedro Henríquez Ureña se resume en el empeño de orientarnos en la búsqueda de nuestra propia y peculiar expresión hispanoamericana. Mas para él, recuérdese, la literatura no se reduce a “una habilidad para simular sentimientos o ideas”, sino que considera sólo genuina a “la que representa un esfuerzo noble para interpretar la vida, acendrando los jugos mejores de la personalidad humana”. De ahí su ancha y profunda visión de la literatura en constante juego dialéctico con los demás órdenes y esferas culturales, tal como se expresa en las dos obras que resumen su pensamiento a este respecto: *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, aparecida en inglés en 1945, versión española en 1949, y la *Historia de la Cultura en la América Hispánica* (México, 1947) que no alcanzaría a ver publicada.

Testigo de la Revolución Agraria Mexicana, partícipe él también, como su amigo argentino Héctor Ripa Alberdi, de las nuevas ansias de justicia que llevaron la urgencia de las calles a sacudir la incurable caquexia de los claustros académicos, aun sumidos en los moldes conservadores trazados por Bello y sus discípulos, Pedro Henríquez Ureña señaló a los escritores su deber de participar en la gran faena colectiva como paso indispensable en el hallazgo de nuestra propia expresión. Con plena conciencia de su condición de maestro y orientador de las nuevas generaciones literarias hispanoamericanas, escribió estas palabras:

El ideal de justicia está antes que el ideal de cultura: es superior el hombre apasionado de justicia al que sólo aspira a su propia perfección intelectual. Al diletantismo egoísta, aunque se ampare bajo los nombres de Leonardo o de Goethe, o pongamos el nombre de Platón, nuestro primer maestro de utopía, el que entregó al fuego todas sus invenciones de poeta para predicar la verdad y la justicia en nombre de Sócrates, cuya muerte le reveló la terrible imperfección de la sociedad en que vivía. Si nuestra América no ha de ser sino una prolongación de Europa, si lo único que hacemos es ofrecer suelo nuevo a la explotación del hombre por el hombre (y por desgracia, ésa es hasta ahora nuestra única realidad), si no nos decidimos a que ésta sea la tierra de promisión para la humanidad cansada de buscarla en todos los climas, no tenemos justificación: sería preferible dejar desiertas nuestras altiplanicies y nuestras pampas si sólo hubieran de servir para que en ellas se multiplicaran los dolores humanos, no los dolores que nada alcanzará a evitar nunca, los que son hijos del amor y la muerte, sino los que la codicia y la soberbia infligen al débil y al hambriento. Nuestra América se justificará ante la humanidad del futuro cuando, constituida en magna patria, fuerte y próspera por los dones de su naturaleza y por el trabajo de sus hijos, dé el ejemplo de la sociedad donde se cumple “la emancipación del brazo y de la inteligencia” (*Ensayos*, “Patria de la justicia” 31).

Como Sello, el fundador, el conservador, Pedro Henríquez Ureña, orientador liberal en la hora ardiente de la Revolución Hispanoamericana, no elude su deber de hombre y de ciudadano tras el cobarde pretexto de la absorbente faena erudita, sino que nos enseña, con palabras y ejemplos, a cumplir limpiamente la obligación política y social, sin mengua de la devoción literaria, estimulando el quehacer cultural con el vigor y el impulso

³ José Antonio Portuondo, *Situación actual de la crítica literaria hispanoamericana*, México, Cuadernos Americanos, 1949, 3-6.

dimanados del empeño justiciero. Y a quienes aspiran a hallar la expresión definitiva de nuestra América, Patria de la Justicia, advierte:

Ahora, no nos hagamos ilusiones: no es ilusión la utopía, sino el creer que los ideales se realizan sobre la tierra sin esfuerzo y sin sacrificio. Hay que trabajar. Nuestro ideal no será la obra de uno o dos o tres hombres de genio, sino de la cooperación sostenida, llena de fe, de muchos, innumerables hombres modestos; de entre ellos surgirán, cuando los tiempos estén maduros para la acción decisiva, los espíritus directores; si la fortuna nos es propicia, sabremos descubrir en ellos los capitanes y timoneles, y echaremos al mar las naves.

Entre tanto, hay que trabajar, con fe, con esperanza todos los días. Amigos míos: a trabajar (31-32).

He aquí la suprema orientación, con absoluta vigencia todavía, que emana de la vida y de la obra de Henríquez Ureña. Todo intento de reducir su magisterio al simple empeño erudito, al culto exclusivo de lo intelectual, al perfeccionamiento narcisista del gusto literario o al interesado y cobarde atrincherarse en las raíces, que parece ser para algunos, el único objeto de la investigación literaria o lingüística, no es otra cosa que flagrante traición a su pensamiento. Porque Pedro Henríquez Ureña, como sus antecesores y maestros, Andrés Bello, Salomé Ureña de Henríquez, Eugenio María de Hostos y José Martí, no pretendió nunca escapar al deber de su tiempo escudado en el quehacer literario, y se dio, hasta su muerte, a la lucha serena y constante por preparar los caminos al mundo de mañana, por abrir la mente inquieta de las nuevas generaciones a las utopías que se esfuerzan por ser ya realidad, a la noble faena de orientar a los escritores hispanoamericanos en la búsqueda indispensable de nuestra expresión, la expresión peculiar, inconfundible, de Hispanoamérica, Patria de la Justicia.